

De entre estos «lugares» aparece privilegiado el hilo conductor de la reflexividad y la redundancia, la infinita utilización de los espacios significativamente poblados de antemano en la inaprensible realidad, pero también aquéllos que han socavado con sus expresiones y enunciaciones una sola y única historia de las imágenes con la que agotar los apartados del cartapacio. El libro anima a encaminarse de manera compleja al viaje para el que éste sirva; sea el de un historiador, el de un antropólogo, el de un cineasta o el de un teórico de la imagen, además del historiador del cine.

No es, pues, un lugar baldío ni yermo el que ha constatado el documental y la valía de sus imágenes en el primer siglo del cine en España. Por eso, sería bueno que un libro de estas características relativizara el tremendismo y la simplicidad de palabras como éstas, que en su estatus periodístico perpetúan el lugar común sobre el particular: «En España, la tradi-

ción documentalista ha sido escasa por varias razones: porque el franquismo le tenía pánico a la realidad y se la apropió en exclusiva a través del *No-Do*; porque el sector cinematográfico es pobre y deja poco margen a las experimentaciones, y porque las televisiones no se sienten moralmente obligadas a producir este tipo de obras.» (Octavi Martí, «Lumière contra Méliès», *El País*, 10 de noviembre del 2001.) La parquedad y el pesimismo con la que este comentario despacha un fenómeno siempre vivo dentro de las condiciones industriales y culturales de su foro cinematográfico y de sus conexiones con otros, como la televisión, implica abandonar el acervo visual, conceptual y cinematográfico de un género que devuelve una visión cuyo discurso «fascinante y fascinado» no se debe dejar en el olvido, como evidencia la escritura de su discurso en este libro.

Marina Díaz López

BELTRÁN SALMÓN, Luis Ramiro

*Investigación sobre comunicación en Latinoamérica: inicio, transcendencia y proyección.*

La Paz (Bolivia): Universidad Católica Boliviana y Plural Editores, 2000, 337 p.

América Latina, una macrorregión llena de contrastes —en la que conviven las más modernas tecnologías con la miseria, el atraso y el hambre—, ha desarrollado uno de los sistemas comunicativos más importantes del mundo, a cuyo frente se encuentran grupos multimédios nacionalmente poderosos como Televisa, en México; Globo y Abril, en Brasil; Cisneros, en Venezuela; Bavaria, en Colombia; Clarín, en Argentina, o El Mercurio Periodística, en Chile.

Consecuentemente, en las últimas tres décadas han surgido diferentes instituciones dedicadas a la docencia, la investigación y la documentación especializada en los fenómenos comunicativos. En estos

momentos, existen unos doscientos centros docentes universitarios —agrupados en la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social (Felafacs)—, que cuentan con unos cien mil estudiantes, y una sociedad que aglutina directa o indirectamente a varios miles de expertos: la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIIC).

Por lo que concierne a los libros y revistas especializados en este campo de estudios, América Latina —en especial Brasil y México, y en menor medida Argentina, Venezuela, Colombia, Chile y Perú— cuenta con una tradición académica importante. Refleja, ni más ni menos, el

propio desarrollo de la investigación sobre comunicación en las últimas tres décadas, caracterizadas por algunos elementos destacados.

En los años sesenta, las incipientes investigaciones se orientaron a la evaluación de los efectos de los medios, así como a los estudios del periodismo (didáctica, profesión e historia) y a la comunicación rural y popular, generalmente desde una perspectiva funcionalista y desarrollista. Una década más tarde se produjo un gran auge de este tipo de investigaciones: aumentaron los estudios sobre prensa —análisis sociológicos y de contenido— y aparecieron los de radio y televisión —efectos, programación, uso educativo—, la mayoría de ellos influidos por la «teoría crítica» de la Escuela de Frankfurt, la semiótica y el estructuralismo. Finalmente, en los años ochenta comenzó a aceptarse la complejidad de los fenómenos comunicativos, rechazándose muchos esquemas simplistas e ingenuos: la investigación se volvió más crítica y comprometida —especialmente en los estudios de recepción—, pero también más relacionada con la actividad técnica y profesional.

Debido al fuerte influjo ejercido por las corrientes desarrollistas, impulsadas por los Estados Unidos (desde los años cincuenta), por la Unesco (desde los años sesenta) y por las propias universidades autóctonas, por las fundaciones europeas y confesiones religiosas de diverso origen y orientación (desde los años setenta), en estos momentos la práctica totalidad de los países latinoamericanos dispone de centros especializados en la formación de comunicadores, en la investigación sobre comunicación social y en la edición de revistas especializadas. De este modo, América Latina ha llegado a colocarse, sin ningún género de dudas, al frente de los países en vías de desarrollo en el estudio de los fenómenos comunicativos.

Empero, el crecimiento exponencial de los centros docentes universitarios no

ha estado acompañado en todos los casos por un equivalente desarrollo cualitativo de la enseñanza y la investigación. Muchas de estas facultades o escuelas universitarias están muy mal dotadas en recursos técnicos —bibliotecas, hemerotecas, equipamientos radiotelevisivos e informáticos— y humanos, con un profesorado escasamente preparado para sus tareas docentes, producto de la masificación estudiantil y de una evidente falta de planificación.

Esta escasez de recursos dificulta enormemente cualquier tipo de investigación, lo que provoca que la mayoría de los profesores universitarios no investigue. Se presentan periódicamente trabajos que permiten ir ascendiendo en el escalafón docente y burocrático, pero no existe continuidad ni líneas claramente definidas, y los análisis resultan fragmentarios, repetitivos o aislados, sin tener en cuenta la complejidad de la producción cultural y comunicativa en sus prácticas reales.

Este fenómeno ha favorecido la tendencia actual a sacar la investigación de las universidades —especialmente de las públicas— para colocarla en institutos especializados de carácter privado, reduciendo cada vez más las universidades a la docencia —la formación profesional—, con lo que se cierra el círculo.

Sin embargo, las aportaciones de unas cuantas universidades, centros de investigación y excelentes investigadores latinoamericanos se encuentran entre las más interesantes y originales producidas en los últimos años en este campo de estudios a nivel mundial, sobre todo las de carácter sociológico, semiótico, económico, político y antropológico, centradas muchas de ellas en los conflictos Norte-Sur y en el subdesarrollo.

Entre los centros de estudios superiores más destacados podemos citar las universidades Iberoamericana y la de Guadalajara, en México; las universidades de São Paulo y la Metodista de São Paulo, en Brasil; la Pontificia Universidad Ja-

veriana, en Colombia; las universidades nacionales de Buenos Aires, La Plata y Córdoba, en Argentina; la Universidad de Lima, en Perú; la Universidad Católica, en Chile, y las universidades Central y Andrés Bello, de Venezuela. Asimismo, destacan centros de investigación como Intercom, en Brasil; Cicosul e IPAL, en Perú; el Centro Gumilla e Ininco, en Venezuela; CIESPAL, en Ecuador; la Fundación Manuel Buendía, ITESO y Ticom, en México; CEDES, en Argentina, y Ceneca y Eco, en Chile.

Por lo que respecta a los investigadores más conspicuos, podemos citar, entre otros, a los mexicanos Esteinou Madrid, Fernández Christlieb, Fuentes Navarro, García Canclini, Gómez Mont, González, Orozco Gómez, Sánchez Ruiz y Trejo Delarbre; los brasileños Caparelli, Díaz Bordenave, Marques de Melo y Lins da Silva; los colombianos Daza Hernández, Martín Barbero y Muñoz; los argentinos Ford, Getino, Landi, Mata, Prieto Castillo, Rivera y Schmucler; los chilenos Brunner y Fuenzalida; los peruanos Alfaro, Gargurevich, Protzel, Roncagliolo y Tello Charún; los venezolanos Aguirre, Bisbal, Díaz Rangel, Mayobre y Pasquali; el boliviano Beltrán, y el uruguayo Kaplún.

Cada uno de estos destacados investigadores, aunque desde perspectivas e intereses teóricos distintos, ha contribuido particularmente al afianzamiento de los estudios interdisciplinarios de este fenómeno, sobre todo mediante la publicación periódica de libros, informes, ponencias y revistas diversas.

La labor de la investigación latinoamericana de las últimas décadas ha sido pues significativa, pero, lamentablemente, en los años noventa la tendencia más destacada parece ser el abandono de los estudios de carácter humanista, social y crítico de los medios para dedicarse con más entusiasmo a los dictados del mercado. Por ello, actualmente prosperan sobre todo investigaciones de carácter más utilitarista sobre la aplicación de las nue-

vas tecnologías telemáticas, las bondades de la comunicación empresarial y la globalización mercantil.

La producción ingente de textos, reuniones, debates o actividad docente ha dado lugar a lo que se ha llamado Escuela Latinoamericana de Comunicación —«crítica» en los años setenta—, y por lo tanto diversos expertos se han dedicado a analizarla y a hacer balances periódicos. En efecto, tanto desde dentro del área como desde Europa o Estados Unidos, se ha intentado analizar de manera sistemática toda la producción intelectual, sobre todo de las últimas tres o cuatro décadas, tanto en los ámbitos nacionales como del conjunto de la región.

Entre los estudiosos más significativos que se han ocupado de los diferentes países pueden citarse los siguientes: Aguirre (1996), de Venezuela; Anzola y Cooper (1985), de Colombia; Beltrán, Suárez e Isaza (1990), de Bolivia; Faro (1992), de Brasil; Fuentes Navarro (1987, 1988, 1991), de México; Galindo Cáceres y Luna (1995), de México; García de León (1990), de Uruguay; Marques de Melo (1982, 1984, 1991, 1997, 1999), de Brasil; Munizaga y Rivera (1983), de Chile; Peirano y Kudo (1982), de Perú; Rivera (1986), de Argentina; Sánchez Ruiz (1988, 1992), de México, y Vassallo de Lopes (1999), de Brasil.

Asimismo, sobre el conjunto del continente se encuentran las obras de Beltrán (2000), Cervantes Barba y Sánchez Ruiz (1994), Fuentes Navarro (1992), Jiménez (1985), Marques de Melo (1983, 1992, 1998), Moragas Spà (1981), Orozco Gómez (1997), Santagada (2000) y Torrico Villanueva (1999). En especial, Marques de Melo ha constituido un grupo de trabajo especializado en el estudio sistemático y pormenorizado de la Escuela Latinoamericana y ha puesto en marcha la revista digital *Pensamiento Comunicacional Latino-Americano* en el seno de la Universidade Metodista de São Paulo (UMESP).

Por tanto, la tradición investigadora latinoamericana es sólida, lo mismo que las autorreflexiones sobre esta misma actividad, entre la que destaca uno de los textos pioneros (de 1974) de Luis Ramiro Beltrán, ahora reproducido en el libro *Investigación sobre comunicación en Latinoamérica: inicio, transcendencia y proyección*, aquí comentado. En efecto, la labor profesional y teórica de este autor boliviano (nacido en Oruro en 1930) trasciende las fronteras de su país y constituye uno de los «padres fundadores» de los estudios académicos en la región (junto a otros pioneros como el venezolano Antonio Pasquali o el argentino Eliseo Verón), sobre todo por sus aportaciones sobre el concepto de «políticas nacionales de comunicación», de gran proyección internacional en el seno de la Unesco en los años setenta y ochenta, hasta su crisis definitiva tras la retirada de los Estados Unidos y el Reino Unido en 1985.

Desde entonces, las teorías críticas provenientes de América Latina y de otras regiones periféricas del planeta (que fueran decisivas para la articulación de un fallido nuevo orden mundial de la información y la comunicación) han tenido una proyección mucho menor, dejando lugar a los estudios culturales (centrados en la recepción de los mensajes), especialmente la obra del hispano-colombiano Jesús Martín Barbero y del argentino-mexicano Néstor García Canclini.

Por ello, en los últimos quince años, la figura de Beltrán (lo mismo que la de otros autores críticos) se ha visto un tanto opacada en los ambientes académicos de la propia región así como en los norteamericanos y europeos. Al final de su trayectoria vital, pues, Beltrán quiere hacer un balance de su producción escrita y está publicando (gracias a la ayuda de la Universidad Católica Boliviana, que ha creado una cátedra en su honor) sus obras completas (periodísticas, teóricas y de ficción), entre las que ya han salido a la luz *El gran comunicador Simón Bolívar*, *Con*

*la tinta de imprenta en las venas*, *Papeles al viento* y la aquí comentada sobre investigación.

Precisamente, esta obra reúne una serie de textos dispersos de y sobre el autor, que han sido agrupados en tres partes. La primera incluye tres artículos que reflejan el pensamiento crítico de Beltrán: dos antiguos y uno actual (de 1974, 1976 y 1998) sobre la investigación en comunicación en la región. La segunda comprende seis análisis sobre la proyección y transcendencia de la obra de Beltrán, con textos de Rogers, Cajías de Pérez, Kröling Peruzzo, Aguirre Alvis, Darwin y Caparelli, y la tercera cuenta con una serie de reflexiones sobre la Escuela Latinoamericana de Comunicación, de autores autóctonos, norteamericanos y europeos (entre ellos dos catalanes: Moragas Spà y Gifreu). Finalmente, un anexo explica la biografía y reseña la producción teórica de Beltrán en el campo de la comunicación.

En resumen, se trata de un libro homenaje a este insigne comunicador, funcionario internacional y comunicólogo latinoamericano (y latinoamericanista), como otro publicado en 1998 en São Paulo: *A trajetória comunicacional de Luis Ramiro Beltrán*, promovido por el citado centro de estudios de la UMESP. No es, por tanto, una nueva aportación al pensamiento de la región, pero sí una obra que hace justicia con un autor un tanto olvidado, a pesar de haber hecho propuestas teóricas, pero también de acción política, que siguen siendo tan necesarias hoy como cuando fueran formuladas hace dos décadas, ya que las injusticias y los problemas denunciados por Beltrán no sólo no han sido corregidos, sino que se han agravado con la «globalización» en la que nos encontramos inmersos.

Daniel E. Jones

Universitat Autònoma de Barcelona  
Departament de Periodisme  
i de Ciències de la Comunicació